



Asociación para contribuir a Mejorar la Gobernanza de la Tierra, del Agua y de los Recursos Naturales
Bureau : 45 bis avenue de la Belle Gabrielle, 94736 Nogent sur Marne Cedex France.
Tel : 33 (0)1 43 94 72 59 Email: agter@agter.org Web: <http://www.agter.asso.fr/>

Situación y perspectivas de las agriculturas familiares en América Latina

Nota de análisis - Versión corta.

Michel Merlet, Clara Jamart

Texto original en francés: noviembre 2007

Versión en castellano: enero 2011

Contribución al trabajo del seminario organizado por la comisión Agricultura y Alimentación de "Coordinación Sur. Paris, 2007, 11 de diciembre.

Documento preparado a solicitud y con el apoyo del *Comité Catholique contre la Faim et pour le Développement*. (CCFD)

*Nuestros agradecimientos a Jacques Chonchol, Hubert Cochet
y Denis Pommier por sus comentarios sobre la primera versión de este texto,
y a Miguel Urioste por su contribución a la traducción al castellano del texto original en francés.*

Hasta hoy, los países más avanzados del mundo se han desarrollado sobre la base de una agricultura familiar de pequeña escala. El vigoroso desarrollo agrícola de América Latina parece hoy día, al contrario, validar una vía de desarrollo basada en grandes empresas con mano de obra asalariada. En esas condiciones, nos podemos preguntar si los agricultores familiares del continente tienen o no un porvenir.

En esta nota, el término "agricultura familiar" hace referencia a una agricultura basada en las células domésticas, en el seno de las cuales producción y reproducción están íntimamente ligadas. Si éstas están siempre insertas en unos contextos sociales más amplios, tienen en común varias características:

- no recurrir de manera dominante a una fuerza de trabajo externa a la unidad doméstica (lo que limita de hecho el tamaño de las explotaciones),
- remunerar la fuerza de trabajo sobre la base de los resultados de la unidad de producción y no sobre una base salarial,
- integrar las dinámicas generacionales y patrimoniales en la toma de decisiones.

Esta nota constituye una invitación a la reflexión. Las agriculturas familiares latino-americanas son muy diversas. Examinar en detalle sus fortalezas y debilidades específicas no era posible en el marco de este trabajo. Subrayaremos solamente las características más destacadas del desarrollo agrícola del continente, y propondremos un marco global de reflexión para la acción. En una primera parte, una aproximación a los rasgos principales de la historia de la agricultura latinoamericana nos esclarecerá sobre las particularidades del continente.

¿Cuál es el origen de las agriculturas familiares de América Latina?

La historia de las agriculturas campesinas de América Latina se inicia 5000 años antes de la conquista. El impacto principal de la colonización ha sido sobre todo de carácter demográfico. La violencia directa e indirecta perpetrada por los colonizadores, pero sobre todo las epidemias, hicieron que inmensos territorios, hasta ese entonces densamente poblado, se vacíen de gente. La mano de obra, mucho más que la tierra, se convirtió en el recurso escaso que convenía controlar para poder explotar la riqueza del "nuevo mundo".

Los españoles se instalaron allí donde la mano de obra era todavía relativamente abundante. Ellos tenían acceso a diversos mecanismos para hacer

trabajar a los "indios", imponiendo un régimen de apartheid que diferenciaba a los indios y a los españoles sobre una base racial. Tres siglos más tarde, con la independencia que las capas españolas americanas obtienen de la metrópolis, los "indios" se convierten en "campesinos". Ellos ganan en teoría el status de ciudadanos ordinarios, pero heredan el desprecio profundo de las clases dominantes. La pareja latifundio/ minifundio encuentra su origen en ese pasado colonial. Por lo general, el trabajador está amarrado a la tierra. Allí donde la población era muy escasa, los españoles y los portugueses tuvieron que recurrir a la importación de más y más esclavos desde el África. La agricultura de plantación se construyó así sobre la base de la esclavitud.

A partir del siglo XVI y hasta la independencia, el apartheid y el esclavismo han sido la base de las relaciones sociales del "nuevo" mundo. A fines del siglo XVIII, y a principios del siglo XIX, esos mecanismos de explotación llegaron a su límite. La población rural comenzó a crecer de nuevo. Controlar la población indígena sobre la sola base del régimen de exclusión racial llegó a ser imposible. En un siglo, la esclavitud fue progresivamente abolida, quedando caduco el sistema de producción fundado sobre la extracción de la fuerza de trabajo desde el África.

Existían todavía grandes zonas - débilmente pobladas - con tierras comunales. En consecuencia, controlar y frenar la migración de la fuerza de trabajo hacia la frontera agrícola se convirtió en algo absolutamente fundamental para las clases dominantes. Las familias indígenas o campesinas que se instalaban al margen de la norma colonial encontraban condiciones de vida muy difíciles, pero ya no estaban sometidas a la extracción de un sobre-trabajo.

Sin embargo, nuevas oportunidades surgieron con la posibilidad de producir y vender el café y de desarrollar la ganadería extensiva para los mercados nacionales o internacionales. Los nuevos campesinos libres competían directamente con sus productos en el mercado con los grandes productores. Estos reaccionaron impulsando una expansión capitalista del latifundio mediante la apropiación de tierras vírgenes y de tierras indivisas de las comunidades indígenas y de la Iglesia, y con intentos cada vez más fuertes de volver al trabajo forzoso.

La importación del código civil Napoleónico puso un toque final a la construcción de las bases del sistema contemporáneo de tenencia de la tierra, iniciado con la apropiación de los territorios del continente por las Coronas de España y de Portugal

y la puesta en práctica del sistema de latifundio/minifundio. Con el código civil, los derechos sobre la tierra de tipo coloniales se transformaron en una verdadera "propiedad privada", en el sentido actual del término. Al apropiarse de las tierras indivisas y comunes, las clases dominantes bloquearon el acceso de los campesinos y de los indígenas a la tierra.

En las zonas de clima templado o subtropical del Sur del continente, los Estados organizaron la colonización de las tierras, favoreciendo la inmigración masiva de campesinos pobres del viejo continente. Esto dio lugar a una estructura agraria muy diferente de aquella del resto del continente, y se reprodujeron de cierta manera los sistemas campesinos todavía vigentes en la región europea de origen de los migrantes.

Sin fuerza de trabajo que explotar, un grupo social minoritario no tiene posibilidades de acumulación. El sistema colonial y las formas capitalistas posteriores a la independencia tenían la ventaja de no asumir totalmente el costo de la reproducción de esta fuerza de trabajo. Ellas van a utilizar las formas de economía doméstica, familiares, integrándolas de diversas maneras a su sistema económico : comunidades campesinas del África, en lo que concierne el sistema esclavista, comunidades indígenas "reducidas" por la fuerza debiendo pagar un tributo y hacer trabajo forzoso, pequeños productores atados a las haciendas y trabajando gratuitamente para ellas, campesinos pobres que no podían vivir únicamente de sus pequeñas parcelas y que debían trabajar como obreros temporales en las grandes explotaciones.

Ese sistema generó fuertes tensiones en cuanto al acceso a la tierra y al abastecimiento de la población no campesina en productos alimenticios.

Muchas revueltas estallaron, pero la única que tuvo éxito hasta estructurarse como una verdadera revolución agraria victoriosa se produjo en México a comienzos del siglo XX.

La respuesta principal a estas tensiones fue la reconstitución del campesinado en las zonas de frontera agrícola, que los Estados apoyaron más o menos conscientemente con procesos de colonización organizada o favoreciendo procesos espontáneos con la construcción de infraestructuras. Las familias campesinas de los frentes de colonización llegaron así a producir una parte significativa de los alimentos necesarios para alimentar la población nacional y la frontera agrícola sirvió de válvula de escape ante los riesgos de explosión de los conflictos por la tierra.

En estas zonas, la productividad del trabajo es alta,

debido a la existencia de una renta de fertilidad natural. Éste nuevo campesinado que se establece sobre los márgenes del territorio es poco visible, y débilmente estructurado a nivel social. Sin embargo, ocupa progresivamente más y más importancia, hasta convertirse en la mayoría de la población rural en numerosos países.

Algunos productores tuvieron éxito en crear sistemas de producción viables, generalmente alrededor del café. Pero por lo general, cuando los sistemas de producción de «roza y quema» han transformado las tierras agrícolas en pasturas, los productores se ven obligado a vender sus parcelas y a emigrar más adentro en el bosque. Se produce entonces un fenómeno de concentración de la tierra, con la formación de estancias ganaderas extensivas, de plantaciones o, más recientemente, con el desarrollo de la producción mecanizada de la soya.

Las formas de agricultura familiar viven así un proceso permanente de destrucción y de reconstitución, en la medida en que se desplaza la frontera agrícola junto con los colonizadores campesinos pioneros.

La reconstitución del campesinado ha sido también en otros casos el resultado de políticas de "reforma agraria". Pero, si estas han sido frecuentemente aplicadas en el continente, sus modalidades no se tradujeron en muchos casos en verdaderas redistribuciones de tierras. La primera reforma agraria, aquella de México, constituye una excepción. Ella dio nacimiento a una estructura agraria específica, mucho más campesina que en otros lugares. En América Latina, después de la revolución cubana y en el marco de políticas que apuntaban a impedir el estallido de nuevas revoluciones, los discursos sobre la reforma agraria van a alimentar la confusión entre redistribución de grandes propiedades y legalización de las tierras de la frontera agrícola.

Las "reformas agrarias" latinoamericanas dieron prioridad a los modelos empresariales de gran escala, imponiendo frecuentemente esquemas colectivistas con políticas discriminatorias en relación a los campesinos y un menosprecio generalizado hacia este grupo social. No obstante, las reformas agrarias latinoamericanas contribuyeron a la disminución de latifundio y a la generalización de la propiedad privada de la tierra y de los mercados de tierra: abrieron campo de esta forma a la construcción de grandes empresas capitalistas modernizadas y de un nuevo sistema agrario.

Las agriculturas familiares, omnipresentes en América Latina, han jugado en realidad un rol

esencial en el proceso de desarrollo, pero ellas casi nunca han sido reconocidas ni escuchadas.

Siendo de orígenes diversos, las reagruparemos en cinco grandes grupos, con características específicas:

1. Los grupos indígenas de cazadores-pescadores-recolectores que practican también por lo general sistemas de producción agrícola dentro del bosque. Pequeñas poblaciones subsisten dentro de vastas regiones boscosas. Hoy día reivindican el reconocimiento de sus derechos sobre sus territorios ancestrales.
2. Los agricultores y ganaderos de antiguas comunidades indígenas, "reducidas" por los colonizadores, que generalmente alcanzaron a construir mecanismos propios de gobernanza y de gestión del territorio.
3. Los agricultores y ganaderos incorporados como mano de obra de las haciendas, que se han convertido en productores independientes como resultado de las reformas agrarias o de la evolución propia de las haciendas.
4. Los agricultores y ganaderos que se han instalado sobre los márgenes del espacio controlado por la colonia, huyendo el sistema colonial (campesinos mestizos en las fronteras agrícolas) o el esclavismo (poblaciones negras en los quilombos del Brasil). Ellos constituyen en la actualidad una parte considerable del campesinado latino-americano.
5. Los descendientes de los migrantes europeos que han colonizado las tierras de las llanuras de la Argentina y del Sur de Brasil. En su gran mayoría, continúan trabajando sobre superficies cada vez más pequeñas con herramientas y tecnologías basadas en la tracción animal.

Las dinámicas contemporáneas.

América Latina es el "continente en desarrollo" en el cual el peso de los agricultores en porcentaje de la Población Económicamente Activa es el menor. La agricultura pesa menos del 10% del Producto Nacional Bruto en los países del Sur y en México. Por otro lado, la agricultura latino-americana es muy competitiva en el mercado mundial: ella produce por ejemplo el 60% del café y el 25% del cacao mundial. La situación varía mucho según los casos, pero algunos países ocupan una posición dominante en el mercado mundial. Coexisten así en América Latina una agricultura empresarial muy moderna y agriculturas familiares que producen esencialmente para el autoconsumo y venden sus excedentes.

Las estructuras agrarias capitalistas latino-americanas han mostrado una gran capacidad de reacción a las oportunidades de inversión ligadas a

la evolución de los precios en los mercados mundiales. Desde los años cincuenta, su fuerza ha venido de dos condiciones: la abundancia de tierras de buena calidad prácticamente gratuitas y la existencia de una mano de obra barata, ligada a la manera en que la agricultura familiar se ha integrado a las economías nacionales. El desarrollo del cultivo del algodón en América Central a partir de los años cincuenta constituye una buena ilustración de esta situación. El gran aumento coyuntural de los precios de numerosos productos agrícolas transables – commodities – en el curso de los años 70 ha creado condiciones favorables para el desarrollo muy rápido de una agricultura que utiliza las tecnológicas más modernas. El desarrollo del cultivo de la soya es uno de los ejemplos más destacados de esta evolución. Grandes unidades de producción, trabajando centenares o miles de hectáreas con muy pocos trabajadores por hectárea han reemplazado en gran medida el antiguo latifundio ganadero.

La mundialización de los intercambios mercantiles y la supresión de las barreras aduaneras han creado condiciones de competencia extremadamente desiguales entre las agriculturas campesinas de América Latina y las agriculturas de los países desarrollados, las cuales se vieron aún agravadas por las subvenciones que reciben estas últimas. Pero esta situación de competencia desigual se da también e incluso, podríamos decir, en primera instancia, entre los diferentes tipos de agriculturas del mismo continente latinoamericano, debido a la existencia entre los varios tipos de productores de diferencias de niveles de productividad cuya amplitud es muy similar a la que se observa a nivel mundial.

En efecto, uno encuentra lado a lado, en el seno de un mismo país, unidades de producción que tienen niveles de productividad neta del trabajo que varían de uno a quinientos. Lejos de ser compensadas por las políticas públicas en la perspectiva de lograr un desarrollo armonioso, esas inequidades han sido reforzadas por las subvenciones ocultas a la gran producción, que se traducen por ejemplo en el alivio de la deuda de los productores grandes cuando ocurren crisis o por razones climáticas o por la evolución de los costos de las materias primas, o en precios artificialmente elevados garantizados para ciertos productos (azúcar o etanol en Brasil para la caña de azúcar).

En ciertas condiciones particulares, la reubicación de capital se hace sobre producciones que exigen al contrario poca cantidad de tierra y mucha mano de obra, con sistemas de producción fuertemente consumidores de insumos y de productos fitosanitarios químicos (producción de flores para la exportación en el Ecuador). Los altos niveles de

inversión necesarios para poder acceder a esos mercados de exportación hacen que los pequeños productores estén excluidos desde el comienzo de estas actividades.

Los costos ambientales de esas diferentes formas de producción en gran escala (generalmente monocultivos, o sistemas que generan graves daños ecológicos) no son de ninguna manera cargados a los empresarios.

En todos los casos que estamos señalando, la principal función que las sociedades latinoamericanas han asignado a la agricultura campesina ha sido de producir mano de obra barata. En consecuencia, no es de extrañarse que la pobreza rural sea parte indisoluble del paisaje latinoamericano. Este modelo ha tenido tanto éxito que la mano de obra es ahora el primer "producto de exportación" de numerosos países del continente. La producción de alimentos ha sido una ganancia extra, hecha posible por la existencia de una frontera agrícola y ganadera que podía ampliarse continuamente.

América Latina sigue siendo un continente donde todavía existe un potencial importante de expansión de las tierras cultivadas, pero este proviene ahora más que todo de tierras ya apropiadas y utilizadas de manera muy extensiva, y de unos pocos espacios forestales residuales de grandes extensiones, principalmente en la Amazonía. En muchos países, la frontera agrícola está llegando al límite de estos espacios "libres". En estas condiciones, el equilibrio dinámico que acabamos de describir, que ha estado al origen del desarrollo agrícola -- con unas agriculturas campesinas constantemente destruidas y reconstituidas, responsables a la vez de la producción de alimentos y de la producción de mano de obra barata -- ya no puede reproducirse.

El futuro de las agriculturas familiares

Las agriculturas familiares de América Latina siempre han sido dinámicas cada vez que han encontrado condiciones favorables para su desarrollo. Ellas han sido todo salvo "tradicionales". Las agriculturas familiares son responsables en numerosos países de una parte considerable de la producción de las riquezas agrícolas, de la producción alimenticia y también generalmente de una parte sustancial de la producción destinada a la exportación.

En el Brasil, el estrato superior de la agricultura familiar, es decir aquella que dispone de tierra y de medios de producción y que no ha sido completamente empobrecida, produce mucha más riqueza por hectárea que la gran agricultura patronal

y es responsable de la producción de 40% de la riqueza agrícola sobre solamente el 13% de las tierras. Los estudios hechos a nivel local sobre diversas producciones confirman esta tendencia.

En Honduras, el sector campesino se ha convertido en el principal productor de café, uno de los principales productos de exportación del país, gracias a la inversión de las propias familias de productores en las zonas de frontera agrícola y a una política de acompañamiento del Estado, muy poco común en América Latina, que ha contribuido a la estructuración del sector con un instituto técnico, una banca del café, y una pujante asociación de productores, financiados todos por la misma producción de café.

El desarrollo de la producción "orgánica", de la agro-ecología y de la producción de leche en las cooperativas de la reforma agraria del sur del Estado de Porto Alegre (Brasil), constituyen pruebas de que la agricultura familiar puede evolucionar rápidamente hasta volverse competitiva. El callejón sin salida de la revolución verde fundada en las energías fósiles, la crisis ecológica, la demanda de productos alimenticios sanos para los consumidores urbanos, la necesidad de conservar el medio ambiente y la biodiversidad, la urgencia de dar una respuesta al calentamiento global, ponen de nuevo en el escenario a la agricultura familiar. La revolución doblemente verde, la agro-ecología, ocupan un lugar importante en las propuestas de muchos centros de investigación agronómica famosos y movimientos campesinos.

Pero estas evoluciones siguen siendo frágiles. El futuro de las agriculturas familiares de América Latina es incierto.

La ausencia de gestión de las estructuras agrarias en el tiempo, y en particular la carencia de mecanismos de control de las evoluciones intergeneracionales, constituye ciertamente una de las características que más impactaron sobre la evolución de las agriculturas familiares de América Latina. Con los mecanismos de herencia igualitaria de la tierra y una población rural que continúa aumentando, las superficies disponibles por familia tienden a disminuir cuando el acceso a nuevas tierras agrícolas -- de frontera agrícola, o de reforma agraria -- se vuelve más difícil. De esa manera, después de las reformas agrarias que redistribuyeron tierras, han proliferado muy pequeñas unidades campesinas de infra subsistencia.

Las modalidades de acceso a la tierra que se promovieron son en gran medida responsables de esta evolución. Las formas de explotación basadas sobre el arrendamiento o la mediería son muy poco extendidas en América Latina. La explotación

agrícola está por lo general en manos de productores que son propietarios de sus tierras. Una transmisión vía sucesión hereditaria de la tierra, generalmente igualitaria, de una generación a la otra, lleva a una parcelación creciente de las unidades de producción.

No es casual que los Estados latinoamericanos no hayan puesto en práctica mecanismos de regulación de las estructuras de la tenencia de la tierra como suelen existir en Europa. Esta política de no intervención permite evitar que las agriculturas campesinas se vuelvan competitivas con la gran producción, manteniéndolas como actores secundarios cuya función principal es producir mano de obra barata. De hecho, la necesidad de mano de obra de la gran producción pasa ahora por el trabajo asalariado, y el bajo nivel de los salarios permite aumentar sus ganancias. Las necesidades de trabajadores permanentes son en general muy reducidas, pero el acceso a numerosos trabajadores estacionarios es esencial para ciertos productos. La agricultura empresarial moderna sigue teniendo necesidad de un importante contingente de pobres que puedan trabajar para ella, y tiene interés en desarrollar sistemas en los cuales no tenga que asumir la totalidad del costo de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Jacques Chonchol llama a esta nueva configuración la **modernización conservadora**. Describe al **complejo agroindustrial** como la asociación de un polo dominante situado fuera de la agricultura, el polo financiero industrial y comercial, y de dos polos opuestos en el seno de la agricultura, las empresas agrícolas capitalistas y las empresas campesinas de pequeña producción.

Las agriculturas familiares están enfrentando múltiples amenazas. Entre ellas, se encuentra la "agricultura por contrato". Al reducir al mínimo el margen de decisión del productor y al imponer las formas de su integración en una estructura agroindustrial o comercial pujante, la agricultura por contrato constituye claramente una nueva forma de sumisión de la producción doméstica. Desincentiva la construcción de estructuras cooperativas que podrían quedar (al menos en parte) bajo el control de los pequeños productores agrícolas. Esta forma de organización ha sido muy bien acogida por los técnicos, los agrónomos y los políticos latinoamericanos, lo que es coherente con la historia agrícola del continente que hemos esbozado anteriormente.

La promoción de la apropiación privada de la tierra y la construcción de sistemas de administración de tierras muy costosos, de millones de dólares, que privilegian la imposición de un régimen de

propiedad absoluta de la tierra constituyen igualmente una gran amenaza para muchos agricultores familiares. Ésos sistemas no son económicamente viables, sino solamente para los grandes productores, ya que los derechos sobre la tierra de los pequeños productores acaban inevitablemente en la informalidad luego de algunos años. En ausencia de sistemas de gobernanza local de los territorios, de los recursos naturales y de la tierra, y de mecanismos de regulación de los mercados de tierra por la población local, la promoción de un régimen "propietarista" de la tierra constituye una real amenaza para la agricultura familiar cada vez que existen oportunidades de captura de las riquezas naturales por parte de empresas nacionales o internacionales. El desarrollo espectacular de los agro-combustibles ilustra muy bien este tipo de amenaza.

Las amenazas que pesan sobre la agricultura familiar vienen también del polo no agrícola, de la concentración del comercio de los granos, de la venta al por menor, del comercio de los insumos y de las semillas, que tiene como consecuencia el aumento de la vulnerabilidad de los pequeños productores.

Como si el hecho de quitarles sus tierras a las familias campesinas no fuera suficiente, uno asiste hoy a la expropiación de hecho de los conocimientos ancestrales que estas sociedades campesinas han acumulado durante siglos sobre el material animal y vegetal que ellos utilizan y que han seleccionado poco a poco (ver las luchas alrededor de los organismos genéticamente modificados).

Se trata de tendencias fuertes que no será fácil de revertir. Aún cuando se anuncian políticas públicas favorables a las agriculturas familiares, como es el caso de Bolivia y de Nicaragua, la realidad muestra que existen muchas dificultades.

La "revolución agraria" en Bolivia busca enfrentarse a varios problemas centrales que ya hemos señalados, para favorecer el desarrollo de la agricultura familiar y el desarrollo económico y social del país. La reactivación de la reforma agraria, la lucha contra las desigualdades en el acceso a la tierra, la promoción de cadenas campesinas de transformación de los productos y de la agricultura orgánica hacen parte del programa de gobierno de Evo Morales.

Privilegiando la dotación de tierras colectivas con el objetivo de contribuir a la reconstrucción de capacidades de gobernanza territorial, pero sin haber todavía por el momento tenido éxito en ofrecer opciones creíbles para asegurar los derechos individuales de los pequeños productores, el gobierno corre el riesgo de que un importante

sector del campesinado de la frontera agrícola se sume a la oposición contra el gobierno que organizan los grandes productores capitalistas de las zonas orientales de Bolivia.

En Nicaragua, el "Programa Productivo Alimentario" responde a una voluntad de recapitalización de la agricultura familiar empobrecida, en el marco del programa de lucha contra la pobreza llamado «Hambre Cero». Por primera vez en este país, los campesinos son considerados por las políticas públicas como productores y no como pobres. Sin embargo, la naturaleza del programa lleva a preguntarse al respecto de la pertinencia de la inversión. A nivel nacional, el programa plantea la distribución del llamado "bono productivo alimentario" por un valor de 2000 dólares por cada familia, compuesto del mismo conjunto de bienes y servicios en todas partes (una vaca y una cerda cubiertas, cinco gallinas y un gallo, semillas de hortalizas y de árboles frutales, semillas para plantas destinadas a la alimentación animal, material para construir un gallinero o una porqueriza, un bio-digestor y pequeñas herramientas). Este programa es demasiado nuevo todavía para emitir una opinión definitiva. Sin embargo, varias observaciones críticas parecen desde ahora pertinentes: por ejemplo, el hecho de no consultar a los interesados acerca de sus necesidades, de querer obligarlos a constituirse muy rápidamente en cooperativas, y el riesgo de que estos mecanismos se acompañen de manipulación política y de paternalismo.

Resulta siempre difícil en América Latina considerar a los agricultores familiares como verdaderos socios y construir con ellos una política agrícola que atribuya al campesinado un papel central en el proyecto de desarrollo. Esta observación sigue siendo válida aún cuando la voluntad política del gobierno sea muy explícita. No es fácil tampoco abandonar la lógica de proyecto para pasar a una lógica de política pública.

Necesidad de políticas públicas que permitan a la agricultura familiar expresar sus ventajas en el contexto actual.

Con iguales condiciones de acceso a los recursos y a los mercados, la producción familiar es más eficaz que la gran producción que utiliza trabajadores asalariados cuando uno contabiliza las externalidades negativas y positivas de los sistemas de producción. Tomando en cuenta las diversas funciones que debe cumplir la agricultura, social, ecológica y no solamente económica, se refuerza la necesidad de apoyar la producción familiar, a condición que ella puede beneficiarse de

condiciones favorables y que no deba sacrificar la sostenibilidad de los recursos naturales a las exigencias de su subsistencia en el corto plazo.

Las explicaciones son diversas. Algunas son de orden agronómico: son pocas las economías de escala que se dan en la producción agrícola, y cuando se toma en cuenta el costo de la vigilancia y de la supervisión de los trabajadores, se dan frecuentemente "pérdidas de escala" en lugar de "economías". Otras están ligadas al carácter de la familia como célula de reproducción: incorporar la conservación de los bienes patrimoniales en sus esquemas de razonamiento y de toma de decisión es totalmente natural para una familia. El hecho de no poder especular y mover o trasladar su capital en operaciones diferentes y en regiones lejanas ha obligado a los agricultores familiares a tomar en cuenta la necesidad de la sostenibilidad en el tiempo de sus sistemas de producción.

Cuando estos temas aparecen de nuevo en la agenda con la propuesta de la revolución «doblemente verde», es lógico pensar que las agriculturas familiares siguen siendo las formas de producción las más susceptibles de cumplir con las diversas funciones que tiene que asumir la agricultura.

La agricultura familiar implica necesariamente una limitación al tamaño de las explotaciones agrícolas y conlleva así una multiplicación de los centros de decisión en el seno de la población. Esto es muy importante en un periodo donde se concentran más y más la toma de decisión y el poder en las empresas multinacionales. Estas son incontrolables, no asumen sus responsabilidades y no rinden cuentas ante ninguna instancia internacional susceptible de examinar la pertinencia o no de sus comportamientos en relación a los intereses de la población.

Esta mayor dispersión de los centros de decisión limita los riesgos ecológicos, económicos y sociales, permitiendo un grado de innovación mucho más elevado que es cada vez más necesario para hacer frente a los grandes desafíos de la humanidad. La agricultura familiar permite así un mejor funcionamiento de la democracia, y permite mantener la diversidad (biodiversidad y diversidad cultural). Sola ella es capaz de realizar las adaptaciones precisas que requieren los sistemas de producción agrícola para responder a las características específicas de cada territorio rural.

La promoción de la agro-ecología y la defensa de la agricultura campesina son parte del *modelo alternativo* que defiende hoy día la Vía Campesina, un movimiento mundial pujante en América Latina (probablemente más fuerte allí que en muchos otros continentes que cuentan con una mayor cantidad de

campesinos). Sin embargo, una proporción significativa de sus miembros todavía no están convencidos que la producción familiar moderna sea la mejor opción económica para sus países.

Nuevas estructuras económicas, cooperativas de comercialización, estructuras de transformación se están desarrollando a partir de las agriculturas familiares sobre la base de mercados de especialidades, de mercados orgánicos o solidarios, pero también a menudo para el abastecimiento de mercados ordinarios.

Dinámicas de fortalecimiento de la organización campesina que van más allá de los marcos nacionales comienzan a surgir. Así, las principales organizaciones que agrupan a los agricultores familiares del Sur del continente americano, reunidas en el seno de la COPROFAM, han logrado abrir un diálogo permanente con sus gobiernos respectivos en el marco del MERCOSUR.

No es desarrollando todavía más el libre mercado y limitando el rol de los Estados que se podrán crear las condiciones para que las agriculturas familiares puedan revelar todas sus potencialidades. Políticas públicas específicas y adaptadas deben ser puestas en práctica. No se trata de altruismo, sino de responder al interés de la población en general, y no únicamente de las poblaciones campesinas. En primer lugar, convendría ya no apoyar ni subvencionar más a las grandes empresas agropecuarias que continúan beneficiándose de subsidios o de distorsiones de mercado en muchos países.

Como la herencia histórica es muy pesada, hará falta en muchos casos proteger a las agriculturas familiares que no pueden con los medios técnicos y la escasa tierra de que disponen producir de manera sostenible y ser competitivas con las agro-empresas o con las agriculturas desarrolladas subvencionadas

de otras regiones del mundo.

Las formas de organización y representación de las agriculturas familiares son claramente insuficientes en muchos países de América Latina. En estas condiciones, no pueden influir para que nuevas políticas públicas se conviertan en realidad. La expansión de la frontera agrícola y ganadera está llegando a sus límites máximos. Pero existen grandes posibilidades de intensificar la producción agrícola y la ganadería, cultivando tierras subutilizadas ocupadas ahora por pasturas extensivas e intensificando los cultivos industriales que, detrás de su apariencia de "alta tecnología", producen generalmente muy poco valor añadido por hectárea.

Esto demandará una revisión de las concepciones clásicas de la reforma agraria, que solo podrá hacerse a través de alianzas fuertes de pequeños y medianos agricultores con sectores urbanos e industriales. Hará falta tiempo para crear las condiciones, acompañar los cambios, dirigir la evolución a lo largo de varias generaciones.

Pero, a la vez, y paradójicamente, también es necesario apurarse. Los procesos de destrucción de las economías campesinas son más veloces que nunca y generalmente son irreversibles.

En las condiciones actuales, con diferencias colosales de productividad agrícola, un tratamiento a escala nacional en muchos casos no es suficiente. Acciones de integración y regulaciones a nivel internacional son necesarias. Alianzas con los sectores campesinos de otros países que vivieron historias diferentes, y alianzas mucho más amplias con otros sectores de la sociedad civil en torno a los grandes desafíos de la humanidad serán sin duda necesarias para poder revertir este rasgo histórico fuerte del continente, la sumisión y la marginalización de la agricultura familiar.

Principales fuentes bibliográficas utilizadas

Almaraz, A. La opción comunitaria de la revolución agraria. Revista Procampo #99. Mayo 2007. Bolivia.

Baumeister, E. Fernandez, E. Análisis de la tenencia de la tierra en Nicaragua a partir del censo agropecuario 2001. Magfor, INEC, FAO. Nicaragua. Sans date.

Binswanger, Deininger, Feder. Power, distortions, revolt, and reform in agricultural land relations. World Bank. 1993.

Cáceres, Sinforiano. "El gobierno debe cambiar: el desarrollo rural no se resuelve en secreto". In Revue Envío, Managua. Mayo 2007.

CCFD, GRET, Réseau Agriculture Durable, Confédération Paysanne, Documents de la campagne Le soja contre la vie. www.sojacontrelavie.org. 2006. 2007.

Chapuis, Robert. Agriculture et Développement en Amérique Latine, Ellipses, 2002.

Chonchol, Jacques. Systèmes agraires en Amérique Latine. Des agricultures préhispaniques à la modernisation conservatrice. Ed IHEAL. Paris, 1995.

- CIPRES. Pequeños y medianos productores agropecuarios. Soberanía alimentaria y desarrollo agroindustrial. Tomo 1 y 2. CIPRES, 2006.
- Del Pozo, Ethel. Sociétés, bergers et changements au Pérou. De l'hacienda à la mondialisation. L'Harmattan. Paris, 2003.
- Delahaye, Olivier. Renta y mercado de la tierra agrícola: algunas indicaciones de los casos venezolano y chileno. FAO.Land Reform Bulletin. 1996 : 4.
- Dufumier, Marc. Agricultures et paysanneries des Tiers mondes. Karthala. Paris, 2004.
- Gobierno de Nicaragua. Programa para combatir la pobreza y alcanzar la seguridad y la soberanía alimentaria. Managua, 2007.
- Griffon, Michel. Nourrir la planète. Paris, Odile Jacob, 2006.
- Leite, Sergio; Herredia, Beatriz, Medeiros, Leonilde; Palmeira, Moacir; Cintrão Rosângela. Impactos dos Assentamentos. Um estudo sobre o meio rural brasileiro. Nead. Brasília. 2004.
- Mazoyer, Marcel. Defendiendo al campesinado en un contexto de globalización. FAO, 2001.
- Mazoyer, Marcel ; Roudart, Laurence. Histoire des agricultures du monde. Du néolithique à la crise contemporaine. Ed. du Seuil. Paris, 2002.
- Merlet, Michel. El siglo diecinueve en Nicaragua. Auge y derrota de la vía campesina (1821-1934). Simposio Las sociedades agrarias centroamericanas. Escuela de Historia de la Universidad Nacional. Costa Rica. Julio 1990.
- Merlet, Michel. Mauro, Annalisa. Acceso a la tierra y reconocimiento de los derechos sobre la tierra en GUATEMALA. Coalition Internationale pour l'accès à la terre. Juin 2003.
- Merlet, Michel. Reformas agrarias, mercados de tierra y organizaciones campesinas en Nicaragua y Honduras: fracasos y retos. In Políticas y regulaciones agrarias, IRD, CIESAS. Mexico, Décembre 2003.
- Merlet, Michel. Réforme agraire en Amérique latine : le nécessaire retour à Zapata. Article publié par la revue FAL-Magazine # 88, de France Amérique Latine. Mars 2007.
- Rosset, Peter. The Multiple Functions and Benefits of Small Farm Agriculture In the Context of Global Trade Negotiations. Food First. Policy Brief. September 1999.
- Urioste, Miguel. Las sombras de un año de Revolución Agraria. 14 mayo 2007. Revista Pro Campo # 100 et Boletín # 1 Con los pies en la tierra, Observatorio de la Revolución Agraria.
- Veiga, José Eli da. O Brasil rural precisa de uma Estratégia de Desenvolvimento. Nead. Brasília. 2001.
- Vice Ministerio de Tierras. Ministerio de Desarrollo Rural, Agropecuario y Medio Ambiente de Bolivia. La nueva política de tierras. In Revista Procampo #99. Mayo 2007. Bolivia.
- Warman, Arturo. El campo mexicano en el siglo XX. Fondo de Cultura Económica. México. 2001.